

Al Mercado Común...

¿se va por MIKELA-ZULO?

Porque Rentería ha sido la meta de muchos que emigraron de otras tierras para buscar fortuna... Porque Rentería ha sido el punto de partida de muchos que emigraron a otras por la misma razón... traigo aquí la verdadera historia de «Manolo» (que es quizás como debiera titularse).

* * *

Me lo encontré bajo el arco mismo de Mikela-zulo. Llevaba una maleta de madera curtida por el humo de mil trenes, raída por el roce de otros tantos vagones de tercera y forzada por varias generaciones cuarteleras. Lo que sus cerraduras hacía tiempo habían desistido de hacer, trataba de subsanarlo una larga cuerda entrecruzada varias veces y compuesta por un rosario de cuerdas diferentes. Su boina era muy pequeña y redonda, excesivamente pequeña y redonda. No, desde luego que no era una chapela.

Se llamaba Manolo. Era pequeño —pequeñito, para ser más exacto—. Y debajo del arco de Mikela-zulo era el símbolo de algo aplastable. Tenía el rostro cetrino, surcado por demasiadas arrugas para sus treinta años. Era, pues, joven y viejo al mismo tiempo. En su mirada se leían varios siglos de luchas siempre perdidas y, escondido en el fondo, un deseo de huída sin horizontes de fin de etapa.

Cuando me vio, rozó la boina con su mano y me espetó así, en frío, de improviso, como quien pide fuego:

—Oiga... ¿Por aquí ze va ar Mercao Común, eze?

Si no hubiera sido por la ansiedad que aquella pregunta llevaba en su entraña; si no hubiera sido porque aquel joven de treinta años de carnet de identidad parecía mirarme con ojos de siglos de angustias apretadas, le hubiera gastado una broma fácil y macabra; señalándole cuesta arriba le hubiera dicho: —«Sigue todo derecho y cuando llegues a una puerta

con verja, con un letrero en inglés que dice «Laister ezango da...», allí es el Mercado Común.» Pero no lo hice. Hubiera sido una puñalada traperera. Bajé la vista avergonzado por mi humor negro. Entonces vi sus pies. Tenían más huellas de caminos que de trenes. Sin duda en ellos estaba pegado firmemente, como consciente de su destino, todo el polvo de España, de Sur a Norte; todo un símbolo de nuestra tierra entera a mezclarse con el polvo dorado y burgués del Mercado Común.

Era evidente que aquel hombre necesitaba ayuda. Manolo iba en pos del Mercado Común o a su encuentro, ¿quién lo sabe? Pero, en cualquiera de los casos, necesitaba ayuda.

—Sígame, Manolo—. Estaba decidido a hacer algo por él. Me siguió dócilmente. No me atreví a llevarle la maleta para que no creyera que había llegado ya al Mercado Común.

* * *

En aquella tasca no había muchos. Entramos. Todos nos miraban cuando nos vieron sentarnos juntos. Nadie suponía que yo tuviera aquella clase de parientes. Algún cristiano, en un raptó de fervor entusiasta, hubiera podido explicarles por qué era mi hermano, pero... ¡quía!

Mientras Manolo sorbía la sopa con sonora avaricia, sus ojos me preguntaban: «¿Por qué hace esto?» Pero eran solo sus ojos, el resto seguía sorbiendo sopa sin preguntar nada.

Fue mientras cenaba con avidez cuando le pude observar detenidamente. Era muy vulgar. En la oscuridad de la calle me pareció otra cosa. Allí, en el bar, en medio de aquel coro de curiosos mal disimulados, me resultaba terriblemente adocenado. Además estaba más sucio de lo conveniente para tratar de encontrar trabajo. Pero sus ojos le salvaban. Eran claros y honrados. Por eso, cuando de nuevo me miraron preguntando: «¿Por qué me echa esta mano?», no supe contestar a tiempo y durante un instante me quedé absorto en mis recuerdos.

Me vinieron todos en tropel. Pensé primero que le ayudaba porque sí, porque me resultó simpático. ¿O lo hacía por expiación? Pero, ¿de qué pecados? Y entonces los volví a ver de nuevo. Volví a ver a los míseros grupos de gentes del sur que habían ido llegando desde hacía años a Rentería. Venían cargados con sus fardos de ropas, con sus cacharros, con sus destrozados colchones, con sus miserias... Atravesaban la calle Viteri entre asustados y satisfechos, con un paso rápido y cansado al mismo tiempo; tanto parecía que se sentían orgullosos y desfilaban ante nuestros ojos, como que corrían a ocultarse Dios sabe donde. Hombres y mujeres, pequeños y arrugados, iban cargados con todos sus bienes; los jóvenes desfilaban farrucos y hasta galleaban con sus miradas. La mayor parte iban tocados con las gorras de visera, que en Rentería resultaban tan exóticas y con reminiscencias a «batallón de trabajadores».

Llegaban a la tierra de promisión. A la tierra donde se ganaban «fácil, doscientas pesetas, «toas» las semanas del año, hiciera el tiempo que hiciera».

Los vi luego arrojando en el mostrador del bar un billete de cien pesetas, tratando en vano de fingir indiferencia, como quien arroja uno de mil dolares, héroe en medio de su pandilla, amo del mundo, y contemplando con mal disimulada ufania el recorrido de su billete como diciendo «todo eso es mío».

Los vi después, cuando escribían a sus familiares luchando con el papel y la pluma y diciendo todos lo mismo: «Venid. No sigáis en la cueva. Aquí se gana fácil... aquí se gana fácil...»

Y luego, la realidad. La toma de conciencia. El «aquí se gasta fácil... aquí se gasta fácil... ¡Ay...!» La realidad mostrándoles su miseria auténtica, su incultura, sus chaquetas pequeñas, su color de oliva, sus arrugas prematuras, su estatura, sus complejos. La realidad que acaba haciéndoles odiarse y odiarnos.

¿Odiarnos? ¿A quiénes? Y entonces me surgió la inevitable comparación. Allí estábamos los del «choko». Fuertes e inteligentes. Cultos y prósperos. Altos y altivos. Mirando con desprecio primero, luego con preocupación y finalmente con



abierta xenofobia a los intrusos. Deseando, ¿no es cierto? recluirlos en sus «ghettos». Custodiando nuestros sitios, nuestras costumbres, nuestras mujeres...

Nunca pudimos ver a un hermano entre ellos. ¿Lo intentamos algunas vez? Habíamos hecho cosas hermosísimas, pero siempre a base de seleccionar el prójimo a nuestro gusto. Las habíamos hecho casi más bien como un «hobby» que como auténtica caridad. Y es que nuestra virtud de la caridad no llegaba nunca al paralelo 38...

Por eso ayudé a Manolo. Porque sentí que debía haberlo hecho antes. Porque tuve el remordimiento de que aquellos emigrantes debían haber sido acogidos y encauzados como hubiésemos querido ser acogidos nosotros. Y así, aunque tarde, decidí reparar errores.

—Antes, me llamaba Manué—, me dijo de pronto, corriendo así el hilo de mis meditaciones.

El «suero de la verdad» —para el que le interesa la fórmula: vino tinto común de 14°— había comenzado a hacer locuaz a Manolo.

—...pero el cura del pueblo, antes de partir p'acá, me dijo: «Si has de parar en el Norte, di que te llamas Manolo. Es lo mismo, y te tratarán mejor. Manué, allá no se lleva. Y si te fuere imprescindible, hijo mío, pues di que te apellidas... Molinamendi; pues Manué Molina suena un poco a folklore y allí arriba el folklore es diferente. No cantes nada, por amor de Dios. Nuestros cantos les ponen nerviosos. Habla lo menos posible y cruza la frontera en cuanto puedas y en cuanto la cruces reza el «Padre Nuestro», pero diciendo siempre tres veces «y no nos dejes caer en la tentación».

—¿Qué esperas del Mercado Común?—, le interrumpí.

—Usted, perdone: La güena vía—, me contestó sin vacilar. —Me compraré coche y volveré al pueblo a que me vean.

Los ojos de Manolo brillaban. Sus mejillas estaban ahora coloreadas por «el suero de la verdad» y hasta su piel estaba más tersa y parecía más joven. Le tendí un cigarrillo. Lo cogió con avidez, y lo partió por la mitad que me devolvió sonriente y con toda naturalidad. No supe qué hacer. Es decir, sí, no tuve más remedio que fumármela.

—Tengo treinta años—, me confesó, mientras se secaba los labios con el dorso de su mano reseca. Y me contó así, con la misma naturalidad con que partió el cigarro, la pequeña y a la vez enorme historia de su vida y el por qué de su vocación europeísta. Su historia deshilvanada pero vibrante de sinceridad, me convenció de lo que era evidente: Manolo era mi prójimo.

Salpicaba su historia con brotes de cultura, tales como aquello de «si el abuelo de mi tatarabuelo no se hubiese mareado solo con ver un barco, pues hubiera partido con Hernán Cortés y ahora sería yo un americano rico. La idea de la felicidad material era obsesiva en Manolo. ¿Solo en Manolo?

Era evidente que pertenecía a una región subdesarrollada y por ello necesitaba una urgente, imperiosa y obligada ayuda, porque era, como había dicho Juan XXIII en su Encíclica «un miembro de mi misma familia».

Lo que le indujo a venirse p'acá, según me confesó en voz baja y como temeroso de que alguien nos oyera y compartiera así lo que él debía creer una valiosa información, era el que en el Mercado Común había un coche por cada cinco habitantes. Y claro, Manolo estaba seguro de que a él, si iba de los primeros, pronto le darían el suyo.

El hablar del coche era el delirio para Manolo. Se le crispaban las manos sobre un volante imaginario y hasta ponía cara de velocidad y sacaba la mano para girar a la izquierda, mientras con gesto displicente iba saludando uno tras otro a todos los peatones de su pueblo.

—El que nos habló del Mercao Común fue el maestro. Nos dio una conferencia mu'interesante. Y le advierto que hizo efecto: Yo, me cogí la maleta y aquí me tienes; y algunos otros decididos, a raíz de aquello que nos dijo de que «hay que prepararse desde ahora mismo para la integración», pues lo primero que hicieron aquella noche fue lavarse los dos pies y eso que faltaba solo un mes pa las fiestas—. Esto me lo dijo todo conmovido mientras instintivamente escondía los suyos debajo el asiento. Para Manolo, aquello era la prueba más irrefutable de la firme decisión de su pueblo de «integrarse».

Entre sorbo y sorbo, Manolo me contaba todo con emoción y sinceridad. Y me contagié su emoción. Vi su puebluco perdido entre la roja tierra sin carreteras que lo guiaran hasta la luz. Lo vi achatado, aplastado bajo el sol ardiente, tendiendo siempre la mirada de sus secos pozos hacia el cielo sin nubes, sin agua que lo refrescara. Vi sus niños, cansados antes de jugar. Sus ancianos postrados al sol, como pasas tendidas a secar, mostrando al aire sus regruzcos pellejos.

Sus mujerucas, derrumbadas en los umbrales de sus casuchas de adobe, símbolos todos de la derrota del hombre frente a la tierra. Jóvenes apenas los había; del servicio militar volvían los menos y estos para huir enseguida. Manolo también huía. El ardiente y seco terrón lo había derrotado.

En este momento, fumaba con los ojos bizcos contemplando extasiado cómo el humo de su cigarro tomaba un rumbo ideal y misterioso en el que le hubiera gustado perderse. De repente, se puso serio y me preguntó:

—¿Me quiere usted ver «los papeles»?—. Con reverencia echó mano bajo su camisa y mostró su «tabú». Me lo enseñó con mano temblorosa y su vista no me perdió un instante mientras le hojeé el pasaporte. Manolo firmaba con su huella bajo una foto de color sepia de verdadera antología. Lo mismo podía ser la de él que la de cualquiera de su pueblo. Dudó aun de si el fotógrafo o lo que fuere quien se la hizo no las tenía en serie para casos de urgencia. Hubiera pagado por quedármela. Al verla pensé sin querer «todas las hormigas son iguales» y enseguida, arrepentido dije «perdón», pero se me escapó en voz alta y Manolo, que no me perdía un suspiro me dijo que sí, que en realidad él era «peón», pero que pensaba probar suerte en la ciudad como «comodoro». Yo debí poner una cara bastante extraña, porque enseguida se apresuró a explicarme que lo había visto en una película, que era «pa vestirse con un faldón negro y guantes blancos y zervi la meza» con lo que entendí que quería decir «mayordomo», pero él insistió en que «comodoro» y hasta me dio la etimología diciendo que aquella palabra venía de «comedor». Y ante argumento etimológico tan contundente no me atreví a insistir, tuve que decirle que sí, pero que en francés se decía «domestique». Esto le cayó a Manolo como una bomba. Se echó a reír estrepitosamente y me dijo que «eres» un tío salao. Que no te ibas a reír poco viéndome con pantalón corto y dándoles a los pedales...

—Tus papeles están en regla—, le dije. —Pero ese billete de mil francos, que llevas, hace más de quince años que se retiró.

—Habrase visto el tío...—. Si no le agarro fuerte, vuelve a Madrid a buscar al cambista.

Le saqué un café. Y cuando vio que le llenaban una copa, olvidó todo. Dio un fuerte suspiro y se echó hacia atrás, en éxtasis. Por sus manos crispadas supe que estaba de nuevo al volante de «su» coche. Echó una bocanada de humo y la siguió con la mirada, embelesado. Yo también miré el humo que siempre nos produce sensaciones de distancias infinitas...

Me acordé así de nuestros Manolos. Todos ellos, torneros, ajustadores, mandrinadores, marchando en pos del Mercado Común... buscando «su» coche por cada cinco habitantes. Deseé que volvieran pronto. No hacía falta ni importaba que trajesen coche. Pero sí era importante que volvieran los mejores; hacía falta que trajesen sus herramientas, su saber, sus brazos y su mejor espíritu de lucha. El Mercado Común estaba en casa. Primero fue América, ahora Europa. Uno de cada diez mil triunfaba. El resto sucumbía en la lucha y volvía siempre. Su coche no traía tanta felicidad como la que soñara. Casi siempre se anhela lo que no se posee y así era ahora. Pero en la comparación la pérdida era superior a la ganancia. Cuán pocas veces el «salario real» —¿qué es eso?— compensaba el sacrificio. Cuán caro resultaba el estar lejos del «choko», qué precio tan difícil de pagar el idioma extraño, la falta de la familia, de la madre, de la novia, de nuestras maravillosas mujeres... y ¡qué doloroso sentimiento aquel complejo de inferioridad de sentirse del paralelo 38!

Para Manolo nada sabía aun de estos complejos. Tenía una meta y era cruzar la frontera. Por eso no tuvo más remedio que exhortarle: —«Puesto que estás decidido, vete. Ve y lucha. Pero, sobre todo, no trates de enriquecerte con dinero. (Se me quedó de un aire). Trae conocimientos, róbalos si es preciso. (Me miró, pasmado, pensando «a este le ha hecho efecto el sople»). Llámate Molinier, en lugar de Molina... y si ahorras dinero «pa» comprarte el coche, no lo compres, «tráete un tractor» que esto es lo que te pide la tierra que llevas contigo.»

—Amén—, me gritó soltando la carcajada, mientras me decía una y otra vez: —«Qué tío salao. Por un momento pensé que hablabas en serio. Qué tío más salao... qué salao...», seguía diciendo cuando dejamos el bar.

Le acompañé hasta el «topo». Al decirme adiós, su afilada nuez tembló aguando un sollozo.

* * *

Hoy me ha escrito: Se llamó Molinier el primer mes. Ahora se llama Manué Molina. Canta y toca la guitarra en una «boîte» de Montmartre... y ¡claro!, tiene ya «su» coche...

RAFAEL P. GUREGUCHI